

patria, de sus amigos, de sus partidarios. Los tribunales han juzgado, la ley ha hablado, oigo decir... Sí, en efecto, han hablado los jueces, ha dictado su fallo la ley... ¿Y no era ley, no eran tribunales los que le enviaron a la isla del Diablo? Seríamos felices en este mundo si creyésemos en la infalibilidad de los jueces, de esa reunión de hombres que se llama un tribunal...

\* \*

No he asegurado nunca que Dreyfus fuese culpable; pero tampoco me atrevería a afirmar lo que hoy la ley impone.

La intervención de Zola... De esto he hablado largamente en unos artículos publicados poco después de la muerte del gran novelista en la excelente revista madrileña *La Lectura*. Este acto de Zola tiene dos ó tres aspectos, por los cuales se le debe considerar. Creo que no es dudosa mi admiración hacia el Zola que escribió algunas novelas destinadas a no perecer: yo no soy sospechosa en esto. Nada tiene que ver, por otra parte, la admiración que puede inspirar un literato, con la aprobación de su proceder en estas materias sometidas a discusión y debate, y sobre las cuales tal vez hasta dentro de cien años no pueda decirse la palabra definitiva y justa.

Voltaire tomó la defensa de Calas. Balzac, la de Peytel. Zola, la de Dreyfus. Acaso, sin el ejemplo de Voltaire y Balzac, el autor del *Assommoir* no hubiese escrito la célebre carta *J'accuse*.

La actitud de Zola, al defender a Dreyfus, fué de abnegación: se expuso—así lo he leído mil veces, así se repite aún hoy—a los insultos, a las persecuciones. Sí y no, digo, al tomar en cuenta la afirmación que precede. Si y no: para comprender esta aparente contradicción, hay que conocer muy bien la historia literaria de Zola; y la muchedumbre no conoce bien jamás historia literaria ninguna.

Emilio Zola fué, desde su primer libro algo importante, el escritor más vilipendiado, insultado y deprimido de cuantos en el mundo manejaron pluma. Se le llamó cerdo triste, alcantarillero, basurero, corruptor y mercader de infamias; se apartaron de él los ojos con horror y el estómago con asco. Se prohibieron sus libros, no por la Iglesia, sino por los Gobiernos, en Inglaterra, Alemania, Austria y Rusia; y una especie de acuerdo general social los prohibió en el hogar y en la familia. Los que nos atrevimos a defender algo de la teoría literaria de Zola y a sostener que en sus novelas (de la primera época) existen páginas insuperables en el concepto de descripción y observación, nos ganamos de rechazo antipatías y censuras, y casi se nos miró como a seres desprovistos de delicadeza y gusto, si no de conciencia moral. Nosotros sí que fuimos valientes; nosotros, los primeros que leímos y juzgamos a Zola situándonos en el sencillo punto de vista del arte literario, y nos lanzamos a decirlo en público.

Zola, durante algún tiempo, navegó contra las corrientes, y se complació en afrontar la hostilidad de las multitudes escandalizadas, y a la vez curiosas y ávidas del mismo escándalo. Una escuela se había formado alrededor suyo; tenía su cohorte de discípulos; ganaba dinero. Pero el arte, insensiblemente, evolucionaba. Los novelistas rusos le minaban el terreno a Zola; el neo-idealismo, el misticismo, el decadentismo, flotaban ya en el aire. Al publicar Zola *La terre*, exageración de su fórmula y de su teoría, los jóvenes, sus mayores partidarios, se separaron indignados de él, le renegaron, en ruidoso, célebre manifiesto. Después de este episodio, Zola tenía que evolucionar y modificarse, ó callar para siempre: *La terre* no se podía repetir. Y en efecto, desde aquella fecha evoluciona Zola: pasa de *La terre* al *Rêve*, y da principio a una serie de novelas de carácter social, humanitario, diferentes de las anteriores.

Lejos de cobrar alientos vigorosos con el cambio, la nueva manera señala en Zola una decadencia artística que él mismo percibe. Y se encuentra, en la madurez que precede a la vejez, declinando, sin haber conseguido ni un día solo esa popularidad cariñosa de la cual plenamente habían disfrutado otros escritores, bastando citar, para ejemplo, a Lamartine, a Hugo. Entonces es cuando indudablemente surge en su espíritu el deseo de ejercer una acción social, que si no le gana las simpatías de todos, le conquiste, por lo menos, las de una gran parte de sus conciudadanos. Zola quiere dejar de ser *el paria* (la frase es suya, textual). Y entonces eleva su voz en favor de Alfredo Dreyfus.

\* \*

Los resultados no se hacen esperar. Es cierto que muchos gritan: «*A mort, Zola! A la Peau, Zola!*» pero

Zola está avezado a las maldiciones y a los dictérios; a lo que no está hecho es a recoger testimonios de afecto y de entusiasmo, públicamente; a tener un partido numeroso, que le aclame. Severina, la célebre periodista, lo confiesa: Zola, antes, le repugnaba; ahora le mira con una especie de culto. El movimiento se acentúa; se convierten a Zola los que siempre le reprobaban, los indignados de *Naná* y de *Pot Bouille*. Desde el extranjero le llegan saludos y adhesiones con que no contaba, que se le habían regateado en concepto de artista, y que ahora se le dirigen como filántropo y campeón de la justicia: la voz de Ibsen, la de Tolstoy, halagaba los oídos de un escritor no inferior a los más famosos de su época, pero siempre impopular y maldito, hasta que se presentó luchando, no por la eterna verdad del arte, sino por la verdad contingente de un hecho histórico, entre el fragor de las pasiones de un día...

\* \*

La prueba de que Zola iba ganando, en ventajas inmediatas, al declararse paladín de Dreyfus, la da patente esta rehabilitación, más que rehabilitación, esta apoteosis final. Si el desgraciado accidente de la chimenea no hubiese cortado la vida de Zola, hoy le veríamos a la cabeza de Francia. Muerto, vamos a verle en el Panteón, y no por *L'Assommoir*, ni por *Germinal*, sino por haber sacado la cara en favor de un reo injustamente sentenciado; y nótese que no niego la injusticia cometida con Dreyfus; para mí, el que Dreyfus sea lo que sea no tiene, en este caso especial, suma importancia; mi cabeza se resiste a admitir la maquinación infernal en daño de un hombre absolutamente inculpable, pero admitámosla; lo que me subleva de la serie de acontecimientos, desarrollados con motivo del proceso, es que la gloria literaria y su consagración oficial dependan de la política hasta tal punto...

\* \*

¿Qué sucederá al ser honrado y condecorado Dreyfus ante el ejército? El terrible duelo Pugliesi-Sarraut revela que las pasiones y las cóleras, adormecidas, no están muertas; que todavía, de buena fe, eso es innegable, hombres de honor dudan del honor militar de Dreyfus. ¿No corre su albur, una aventura algo impremeditada, el gobierno francés, al exigir é imponer una reparación tan ruidosa?

Quisiera asistir a esa ceremonia, estudiar las caras, los gestos, las palideces y los rubores... Quisiera leer en los corazones y en las conciencias... ¿Quién conocerá la clave de tantos enigmas! De todas suertes, si Dreyfus no ha sido un traidor, alegrémonos de su felicidad actual. Que ha sufrido, no tiene duda. Y más vale perdonar a cien culpables, que oprimir a un solo inocente...

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No leéis con interés las noticias del proceso de rehabilitación de Dreyfus? No ciertamente con aquel interés de lucha y batalla que revestían allá por los años de 1899 y siguientes, sino con otra especie de curiosidad asombrada, al comprobar el cambio verificado en el espíritu de la inmensa mayoría de la opinión francesa.

En el extranjero, han abundado los dreyfusistas, desde el primer instante de las reivindicaciones del prisionero de la isla del Diablo; en Francia, en cambio, los partidarios de la culpabilidad de Dreyfus eran más en número, y hasta en respetabilidad, que los defensores de su inocencia.

Y poco a poco, embate tras embate, han ido arrojando a los acusadores los defensores, y el capitán de artillería degradado y perseguido se convierte en el héroe, en el mártir, que al frente de las tropas va a ser condecorado solemnemente con la Legión de honor.

¡Extrañas vueltas de la rueda de la Fortuna; singulares mareas de la Historia, que alza y deprime a las personas, en su inestable curso!

\* \*

Yo no lo puedo remediar. No he mirado jamás la cuestión Dreyfus por su lado político. No tengo opiniones políticas en Francia: apenas si las tengo aquí... He visto este problema como algo de interés dramático, apasionante, en el cual hay que buscar y desentrañar los móviles de los actos humanos, única explicación de los grandes crímenes y de las grandes abnegaciones, de los actos de justicia y de los actos de odio y venganza.

Y lo primero (lo confieso) que se me había ocurrido, dándome en qué cavilar, ¿qué género de interés animaba al general Mercier y a algunos otros contra la persona de Dreyfus? Es cierto que, según voz general, Dreyfus no tiene nada de simpático. ¿Basta esto, sin embargo, para explicar una conjura tan negra y horrible contra él? ¿Se inventa todo lo que tuvo que inventarse, a ser inocente Dreyfus, sin motivo ni causa alguna? Si esos generales querían proceder contra los espías, no les faltaban seguramente dentro de las oficinas técnicas: los hay, según parece, a manta de Dios, en Alemania como en Francia... ¿A qué cargar con el delito a un inocente? ¿A qué esa perfidia inconcebible, más inconcebible si la consideramos tramada entre varios oficiales, cuando existían gentes a quienes acusar no sin fundamento?

De aquí nacían mis primeras confusiones. Las segundas reconocieron por origen una multitud de detalles no satisfactoriamente explicados, y que serían largos de indicar. De su conjunto, yo he sacado una impresión que seguramente no es la dominante ahora en Francia. Para mí, la inocencia de Dreyfus no aparece tan clara, de tan resplandeciente claridad, como aparece sin duda, en este momento, a los ojos de su